



Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XII	San Salvador, C. A., Noviembre de 1957	Número 121
---------	--	---------------

ORIENTACION

El primer campo de Apostolado Secular

¿Lo será la escuela, el teatro, la pantalla, la calle, la oficina, la fábrica, los tugurios, las asambleas y los medios internacionales?

El concepto de apostolado secular tiene dos acepciones. Uno en sentido propio u oficial. Es el apostolado de los seglares encuadrado en la Acción Católica, extensión del apostolado de la jerarquía. Pero hay otro al que está llamado todo cristiano por el hecho de serlo y al que no cesan de invitarnos los Papas. "El trabajo por la difusión del reino de Dios que cada siglo ha cumplido a su manera —nos dijo S. S. Pío XII en su primera encíclica— es un mandato al que están obligados todos cuantos la gracia del Señor arrancó a la esclavitud de Satanás, al ser llamados por el bautismo a ser ciudadanos de aquel reino." Y el Papa se alegra y da gracias a Dios "al observar en todas las regiones del mundo católico evidentes señales de un espíritu que valerosamente arrostra las gigantesca tareas de la época actual y con generosidad y decisión se afana por juntar en fecunda armonía su primer y esencial deber de la propia santificación con la actividad apostólica para acrecentar el reino de Dios."

El apostolado secular constituye la respuesta que la Divina Providencia ha dado a la oración de la Iglesia de que el Señor envíe operarios a su viña, porque la mies es mucha y los operarios son pocos en proporción a las tareas que trae consigo el mundo actual abierto a la universalidad en todos los órdenes; universalidad que en el plan de Dios se ha de recapitular en Jesucristo y su Iglesia llamada por lo mismo la Católica, es decir la universal (Eph. 1, 10.)

Ya con esto se ve lo ancho y lo largo del campo y se advina lo alto y lo profundo del trabajo apostólico secular que ha de abrazar al hombre en todas sus deficiencias, necesidades y desviaciones, porque es el hombre, la persona humana y toda persona humana la que está llamada a ser de Dios y a atraer y elevar todas las cosas a Dios, su primer principio y su último fin.

Ninguna actividad ni grupo está excluido de este apostolado. Entran en él la familia, la escuela, la juventud, el obrero, la beneficencia en sus innumerables formas, la acción social, los emigrantes y las mistones, la vida intelectual y cultural, el juego y el deporte, y "no como cosa pequeña" advierte Su Santidad la misma opinión pública. Y estando necesaria y continuamente la vida humana, la privada y la social, en contacto con la ley y el espíritu de Cristo, de ahí resulta que por la fuerza misma de las cosas se tenga que dar una compenetración recíproca del apostolado religioso y la acción política; política, se entiende, en el sentido noble de la palabra que no quiere decir otra cosa que colaboración para el bien de la Ciudad o de la sociedad.

EN LA FAMILIA PRIMERAMENTE

Pero donde este apostolado del seglar debe de tener normalmente su primer campo de actuación es en la familia, por el puesto primordial de ésta en la sociedad humana, tanto natural, como sobrenatural, para lo que cuenta con singularísimas afinidades respecto a Dios, la Iglesia y la misma sociedad y circunstancias especialmente aptas para la eficacia de este apostolado.

Con razón siempre se ha considerado a la familia como célula vital y columna principal de la sociedad y del pueblo; únicamente en nuestros tiempos de desintegración, también total, en las ideas y sus consecuencias prácticas se ha pretendido que sea pueblo la masa informe de individuos que divididos y sin interna consistencia vienen a ser la fácil presa del totalitarismo ateo, oriental u occidental. En sana filosofía política pueblo ha sido y seguirá siendo la articulada organización de los individuos en sus organismos naturales comenzando por el primero de todos ellos que es la familia.

AFINIDADES RELIGIOSAS Y SOCIALES DE LA FAMILIA

Viene a ser la familia un trasunto pálido de la vida divina que se desenvuelve en la Santísima Trinidad. Todo en él es de institución divina: Su origen que es el matrimonio y su uso natural, su constitución y prerrogativas fundamentales, determinadas y fijadas por el Creador mismo, no por voluntad humana ni por factores económicos. Asimismo el amor conyugal, el amor paterno y materno y el amor filial, puestos por Dios en el corazón del hombre y de la mujer como un instinto innato; por lo cual, querer arrancar y paralizar este triple amor es una profanación que por sí misma horroriza y lleva fatalmente hacia su ruína a la patria y a la humanidad.

El matrimonio instituido por Dios en el paraíso, lo sabemos por la doctrina revelada, tiene razón de significado de la estrechísima unión que un día iba a entablar Dios con la humana naturaleza, en la persona de su Hijo hecho hombre por nuestro amor. Dios se encarna para hacer de los hombres hijos de Dios, poseedores de una nueva vida, la vida eterna, que nos hace familiares de Dios y herederos de su cielo. Jesucristo refuerza el carácter sagrado que siempre ha gozado el matrimonio y la familia al elevar al matrimonio a la dignidad de sacramento, fuente permanente de gracia, vinculando de ese modo por una nueva razón la familia natural a la divina y a la sobrenatural de la Iglesia por él fundada en la tierra. Cristo será el modelo del padre y la Iglesia de la madre. Por lo tanto, según advierte el Apóstol, como Cristo es cabeza de la Iglesia, así lo es el varón de la mujer y como la Iglesia está sujeta a Cristo que la estrecha con castísimo y perpetuo amor, así las mujeres estén sujetas a sus maridos que las deben amor

afectuoso, fiel y constante (Eph. 5, 221.) Nada, pues, nos debe extrañar que el mismo Apóstol, califique de iglesia doméstica a las familias cristianas (Rom. 16, 5) en las que al igual que en la Iglesia los hijos obedezcan a sus padres en todo y los padres a su vez eduquen a sus hijos en la ciencia y conocimiento del Señor (Eph. 6, 1s,) en fuerza de una misión educativa que concuerda admirablemente con la de la Iglesia, porque una y otra proceden de Dios de una manera muy semejante por la fecundidad y autoridad comunicada por El inmediatamente, aunque en diversos órdenes: la fecundidad principio de vida y consiguientemente, principio de educación para la vida, y la autoridad, principio de orden.

Tiene por fin la familia estrechísima relación con la sociedad de la que es, según lo dicho, primera célula vital, su primero y principal fundamento, verdadera sociedad bajo una autoridad recibida de Dios, anterior a la constitución de toda sociedad civil y por lo tanto con derechos y obligaciones que de ningún modo dependen del Estado. Antes por el contrario el Estado dependerá de la familia para su desarrollo y prosperidad o para su decadencia o su ruina.

La familia viene a ser la puerta de entrada del hombre en la sociedad civil. En la familia el nuevo ciudadano va dándose cuenta de la naturaleza orgánica de la sociedad y de la posición relativa que en ella ocupan los hombres, con sus correspondientes obligaciones y derechos. De esta manera el niño va adquiriendo el sentido social, que, bajo la previsoría guía de sus padres, debe comenzar a ejercitar por el trato debido a los sirvientes y por las obras de caridad.

OTRAS CIRCUNSTANCIAS FAVORABLES

Además de lo que acabamos de decir, la familia ofrece un ambiente excepcionalmente favorable al apostolado por algunas circunstancias muy dignas de tenerse en cuenta.

Por su misma constitución priva o al menos debe privar en ella el amor que le dió origen y debe ser el vínculo perpetuo de unión entre los padres entre sí y entre ellos y sus hijos. Y Dios es amor (1 Jo. 4, 16) y toda la vida cristiana verdaderamente genuina ha de desenvolverse en una atmósfera de amor que abraza a la gran familia humana.

En la familia todo es de todos; los miembros más necesitados son los más favorecidos; el amor es desinteresado y llega hasta el sacrificio, muchas veces con visos de heroico. ¿Qué mejor escuela preparatoria para el comportamiento social en la Iglesia y en la sociedad, sabiendo que somos miembros, uno de otros, del mismo cuerpo de Jesucristo y que estamos llamados a ser en El una cosa con Dios?

La familia funciona, trabaja en equipo o en comunidad. Cuando la familia es cristiana, el cristianismo en cuanto doctrina y practica adquiere una connaturalidad, intimidad y enriquecimiento mutuo especialísimos, insustituibles por otras formas de vida posteriores. De ahí que una de las orientaciones de la restauración religiosa de nuestros días apunte con marcada acentuación a las actuaciones por grupo o en comunidad. No sin razón Nuestro Señor debió de prometer que dondequiera dos o más se reuniesen en su nombre allí estaba El en medio de ellos (Mt. 18, 20.) palabras que tienen su aplicación muy particular en la familia cristiana, fundada por el sacramento del matrimonio y vivificada por su divina gracia.

Otra ventaja de la vida de familia en orden a la educación advierten los psicólogos en el hecho de que el aprendizaje en ella es ocasional al mismo tiem-

po que permanente. Por lo tanto, nos dicen, es más durable. La enseñanza, sobre entrar más suavemente, va ligada a circunstancias concretas con el acompañamiento de todas las notas armónicas afectivas correspondientes a determinada situación. Esto dota a la enseñanza de una rica gama de evocaciones que la hacen más consistente y de recuerdo más permanente. Es el método que empleó el Divino Maestro en sus giras por las ciudades y campos de Palestina y el que recomienda San Agustín para la enseñanza catequística, especialmente de los rudos.

LA VOZ DE LOS SIGLOS

Por el puesto providencial de importancia excepcional en que se encuentra la familia en relación con la vida humana individual y social, se nos presenta a todo lo largo de la historia humana y de las Sagradas Escrituras en su carácter de cauce, el más natural y propio, de la enseñanza y tradición religiosa. Moisés, moribundo, después de haber renovado la alianza de su pueblo con Dios, le dice en su bello canto final: "Grabad en vuestro corazón todas las cosas que yo os he intimado en este día para que recomendeis a vuestros hijos que guarden, ejecuten y cumplan todo cuanto está escrito," (Deut. 32, 46.) Casi mil años después responderá el salmista (77, 3 ss): "Abriré mi boca y diré cosas recónditas desde el principio del mundo, las cuales hemos oído que nos las contaron nuestros padres. No las ocultaron estos a sus hijos ni a su posteridad; publicaron sí las glorias del Señor y los prodigios y maravillas que había hecho. El estableció alianza con Jacob y dió la ley a Israel. Todo lo cual mandó a nuestros padres que lo hiciesen conocer a sus hijos para que lo sepan las generaciones venideras. Los hijos que nacerán y crecerán lo contarán igualmente a sus hijos a fin de que pongan en Dios su esperanza y no se olviden de las obras de Dios y guarden con esmero sus mandamientos."

En su obra redentora el Señor manifestó bien a las claras la importancia primordial que daba a la familia haciendo vida en ella por treinta años y santificando con su presencia y su primer milagro es su primera visita apostólica el matrimonio en las bodas de Caná.

Esta línea siguieron los apóstoles. Basta por otras citas que mis lectores lean en la Carta a los Efesios el c. 22-VI, 10.

Y el gran San Agustín, que había resumido en sí la doctrina de toda la tradición anterior, hablando precisamente de quienes son los apóstoles o ministros de Dios, señala la familia por primer campo del apostolado seglar. "Cuando oís —son sus palabras— que el Señor dice 'Donde yo estoy, allí estará también mi ministro' no penseis únicamente en los obispos y sacerdotes buenos. Sed también vosotros, a vuestra manera, ministros de Cristo, viviendo bien, haciendo limosnas, predicando a cuantos podáis su nombre y su doctrina de modo que cada padre de familia reconozca que por tal título debe amor paterno a su familia: por Cristo y por la vida eterna amoneste a todos los suyos, los enseñe, los exhorté, los corrija, con ellos use de benevolencia, ejercite la disciplina; y así ejercerá en su casa un oficio de sacerdote y en cierta manera casi episcopal, sirviendo a Cristo, para que eternamente viva con El" (In. Ev. Jo. tr. n. 13.)

Toda esta doctrina la resume la Iglesia en su Derecho Canónico al declarar que procreación y la educación de los hijos es el fin primario del matrimonio (c. 1. 013) y que los padres tienen obligación gravísima de procurar con todo empeño la educación de sus hijos tanto la religiosa y moral como la física y civil y de proveer también a su bien temporal (c. 1113.)

La psicología tiene también su palabra que decir en este asunto. "La psicología profunda, dice el profesor Alois Gruber de Linz (Austria,) nos ha convenido hace mucho tiempo de la gran importancia de la educación recibida en los primeros años. Durante toda la vida llevamos en el fondo de nosotros mismos los efectos de los acontecimientos vividos hasta la edad de nuestros siete años. Esto es verdad en particular para lo tocante a la evolución religiosa."

"Si el niño en sus primeras reflexiones y preguntas sobre Dios, encuentra poca atención en sus padres y si viene a quedar herido en su sentimiento religioso, se puede temer que no tomará en serio la religión a la edad de la pubertad, a pesar de su participación fiel anterior a los ejercicios religiosos, o cuando le asalten problemas graves. Su subconsciente ha evolucionado ya demasiado hacia la oposición."

Asimismo el debilitamiento de las disposiciones naturales religiosas del niño ejerce una acción paralizadora sobre toda la evolución religiosa del adolescente. Unicamente le podrán sacar de su insensibilidad sucesos particularmente impresionantes."

"La 'saturación' puede engendrar un 'afecto' antirreligioso profundo que muchas veces se convierte en ruptura al tiempo de las perturbaciones psíquicas del crecimiento."

"Un ambiente familiar moral y religiosamente sano ofrece la mejor garantía de una evolución religiosa normal. Las fuerzas psíquicas se van estructurando favorablemente y van influenciando a través del subconsciente, las ideas, los juicios y los actos de la voluntad." (Lumen vitae, 1957, 322)

Por aquí pueden entender los padres y madres la importancia de su apostolado en su aspecto positivo y también en el negativo que ningún otro apóstol podrá luego suplir enteramente.

